

UNIVERSIDAD DE CHILE

Facultad de Filosofía y Humanidades.

Departamento de Literatura.

EL PASADO ES PRÓLOGO.

Cuatro cuentos judíos-norteamericanos
para recordar.

TESIS PARA OPTAR AL GRADO ACADEMICO DE
LICENCIADO EN HUMANIDADES CON MENCIÓN EN
LENGUA Y LITERATURA HISPANICA.

Marcelo González Zúñiga.

Profesores: Rodolfo Rojo

Corina Rosenfeld

Ana María Tapia

1998.-

A mi viejo, quien vive en mi memoria.

A Daniela, aún gasto papeles recordándote.

A Daniela M., por pertenecer a mi corazón.

A Germán, por los recuerdos juntos.

A María José y Bárbara, mujeres que estremecen.

A Silvia, por estar junto a mí en estos negros años.

A Ricardo, diez años que llevamos escribiendo nuestra historia.

Gracias a Natalia por las horas que me ha escuchado y

a Lisette por la ayuda.

La Desmemoria

El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia; el miedo de hacer nos reduce a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia; pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que pueda ocultar la basura de la memoria.

(E. Galeano. El libro de los abrazos).

INDICE

EL PASADO ES PROLOGO.

Cuatro cuentos judíos norteamericanos para recordar.

INDICE

-INTRODUCCION: EL PASADO ES PROLOGO.	05
-PRIMERA PARTE: THE MEMORY REMAINS	08
USA ¿La tierra prometida?	15
Estados unidos, religiones separadas	21
-SEGUNDA PARTE: OLVÍDALO, ¡HAZTE AMERICANO!	27
La Memoria muerde, no engaña	31
Memories can't wait	42
Memoria es vida	50
-CONCLUSIONES: I THINK I CAN REMEMBER YOUR NAME.	58
-BIBLIOGRAFIA.	66

INTRODUCCION

EL PASADO ES PROLOGO

¿Por qué la memoria?. No puedo dejar de pensar en cómo hoy por hoy, nos están intentando hacer olvidar nuestro pasado más reciente. Como si fuera fácil de hacerlo, como si fuera sencillo, como si fuera lo correcto.

Sin embargo, con la memoria no se juega. Si no recordáramos lo que hicimos ayer, creo que no podríamos imaginar qué es lo que queremos para mañana. El pueblo judío lo sabe bien. Nunca han olvidado o, por lo menos se les ha ido la vida en el intento de no olvidar. Han abandonado sus tierras innumerables veces, los han perseguido otras tantas y, pese a todo, no han olvidado. El no olvidar, les ha dado una característica especial, viven el pasado para que en su presente puedan construir el futuro. No ha sido una tarea fácil. En el camino han debido encontrarse con culturas totalmente distintas y han sabido adaptarse, pese a todos los problemas que se les han (im)puesto por delante.

Estados Unidos no fue la excepción. Siempre problemática, Norteamérica está conformada por una serie de culturas que viven en su seno que hacen que, muchas veces, pareciera que como nación no poseen una identidad o, lo que es peor, que su identidad es la no-identidad. Allá se encuentra, hoy por hoy, el centro más grande de la diáspora y no es extraño que los judíos hayan tenido que pasar muchas penurias

para lograr adaptarse a la sociedad norteamericana. Sin embargo, este encuentro entre ambas culturas, este choque entre ambos, no ha sido sencillo ni limpio de complicaciones para el judaísmo. Este trabajo pretende sacar a luz cuáles han sido los mayores problemas que ha exhibido el pueblo judío al intentar vivir y sobrevivir en medio de esta tierra y cuáles han sido las consecuencias de este choque en la identidad del judío, como persona y como pueblo. En especial, un problema que pareciera no tocarnos muy de cerca, sin embargo, lo hace.

Uno de los puntos a estudiar es la incidencia que la memoria tiene en el pueblo judío y cuán problemática se vuelve su situación en medio de la sociedad norteamericana, una sociedad eminentemente del presente, un pueblo que vive de la modernidad y que pareciera no tener ojos para su pasado, o por lo menos, pareciera no tenerlos cuando le conviene. De esta manera, debiéramos sacar a luz el hecho de si el judío nace o se hace y, si es que se hace, demostrar que en esa situación la memoria, para ellos, juega un papel principal y fundamental como preservadora de la identidad como pueblo. La democracia, la bandera preferida de los norteamericanos, pareciera verse en severos problemas cuando se trata de relacionarse con el pueblo judío y, eso es lo que queremos averiguar: qué tan verdadera es esa democracia cuando tiene entre sí a un pueblo que puede hacer tambalear sus bases más fundamentales y que, muchas veces, constituye la mayor parte de su intelectualidad.

Así, nos valdremos de cuatro cuentos de autores judíos norteamericanos que suelen hacerse llamar norteamericanos antes que judíos, pero que no por eso olvidan

sus raíces y menos aún, dejan de mirar los problemas que tiene la sociedad que los acoge y los ve desenvolverse.

PRIMERA PARTE

- THE MEMORY REMAINS

"Ash to ash, dust to dust
fade to black but the memory remains"
(Hetfield)

La memoria y su concepto en la historia de la humanidad, es crucial.

Ella, entendida como capacidad de conservar determinadas informaciones, remite a una serie compleja de funciones psíquicas, con las cuales el hombre está en condiciones de actualizar impresiones o informaciones pasadas. Los fenómenos de ella, ya sea en sus aspectos biológicos o psicológicos, no son más que los resultados de sistemas dinámicos de organización y existen en cuanto la organización los conserva o los reconstituye. El acto mnemotécnico fundamental bien puede ser el "comportamiento narrativo", debido a la función social de éste, en tanto es una comunicación de una información, hecha por otros a falta de acontecimiento o del objeto que constituye el motivo de éste; donde interviene además, el lenguaje, que por cierto es un producto social también. Así, el uso de un lenguaje hablado y luego escrito representa una extensión de las posibilidades de alcance de nuestra memoria, la cual,

gracias a esto, está en condiciones de salir fuera de los límites físicos de nuestro cuerpo para depositarse ya en otras formas de memorias, ya en las bibliotecas.

Debiera entonces, ser innegable que cada uno posee una memoria, y es precisamente por la memoria que uno es individuo. Uno se identifica consigo mismo al tomar como referencia su pasado, del cual es el único poseedor, aún cuando también exista la memoria en otros. La identidad personal se puede explicar en términos de lo recordado o de lo recordable, es decir, en términos de memoria y ésta consiste (según John Locke) *"en la conciencia que acompaña al pensar en tanto esa conciencia se extiende hacia atrás a toda acción o pensamientos pasados"* (en Yerushalmi, 1989: 9). Si esto es así, la identidad entonces, depende de los recuerdos, por lo cual, toda memoria es selectiva por definición. Al elegir, elimina todo lo "llano", lo que en apariencia carece de interés en el momento pero que quizás dentro de diez, veinte o cincuenta años más, aparecerá en "relieve".

En este sentido, psicólogos y psicoanalistas han insistido, ya a propósito del recuerdo, ya a propósito del olvido, sobre las manipulaciones, conscientes o inconscientes, ejercitadas sobre la memoria individual por los intereses de la afectividad, de la inhibición, de la censura. De forma análoga, la memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios de la historia son reveladores de

estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva y en este sentido, no debiera sorprender, por ejemplo, que el nazismo vuelva a (re)surgir. De esta manera el estudio de la memoria social es uno de los modos fundamentales para afrontar los problemas del tiempo y de la historia, en relación con lo cual la memoria se encuentra ya hacia atrás, y ya más adelante.

Vale la pena entonces, llamar la atención acerca de la distinción hecha por Yosef Yerushalmi, entre la memoria (*mnemne*) y la reminiscencia (*anamnesis*), (en Yerushalmi, 1989: 16). Para él, la memoria es aquello que permanece esencialmente ininterrumpido, continuo; en cambio, la *anamnesis* designa la reminiscencia de lo que se olvidó. Si se acepta esta noción, todo conocimiento resulta ser *anamnesis*, todo verdadero aprendizaje es un esfuerzo por recordar lo que se olvidó¹.

Siguiendo esta idea se debe considerar que la función de los recuerdos - entre otras cosas - es la identidad de un grupo social, de un pueblo en este caso, y que el olvido de ciertos hechos importantes o es disolutorio de tal identidad - como en el caso de Chile, que se empeña erróneamente en olvidar su pasado más reciente - o es constitutivo de ese grupo social como un grupo social distinto, es decir, otra comunidad, un nuevo pueblo, en el caso judío pareciera ser que el recuerdo es condición necesaria - quizás la más importante - de su identidad como tal.

¹ Yerushalmi toma estos términos del griego y en particular de Platón, donde ellos remiten más que a la historia, al conocimiento filosófico de las ideas eternas. Tanto en el Talmud como en Platón (guardando las diferencias), se encuentra la idea de un ángel que antes de nacer, golpea al embrión y hace que olvide, que borre sus memorias.

Podemos identificar entonces, dos enfoques típicos, uno donde el recuerdo es condición necesaria de la identidad grupal - una tesis proyectada a lo social - y otro que sigue las ideas de Nietzsche en donde es absolutamente imposible el vivir sin olvidar, al contrario, se trata de saber olvidar adrede; para él el sentido no-histórico y el histórico son de igual necesidad para la salud de una nación; se trata de saber cuando es necesario cada uno de ellos. Quedémonos con el primero.

Algunos investigadores, como señala Jacques Le Goff en su obra *El orden de la memoria*, han podido definir el judaísmo y el cristianismo, religiones ancladas ambas histórica y teológicamente en la historia, como religiones del recuerdo. En ambas son los actos divinos de salvación situados en el pasado los que forman el contenido de la fe y el objeto del culto, aunque también la Biblia Hebrea por un lado y la tradición histórica por el otro insisten, en algunos puntos esenciales, en la necesidad del recuerdo como uno de los momentos religiosos fundamentales.

Claramente se puede ver que en la Biblia Hebrea existe un enorme terror al olvido. Éste, reverso de la memoria - por lo tanto, siempre negativo - pareciera ser el pecado cardinal del que se derivarán todos los demás. La Biblia asegura que sólo por medio del recordar se "*establece el lazo entre Dios y los judíos*" (Stavans, 1994: XV) y es un hecho que el pueblo judío se preocupa desde tiempos inmemorables por preservar la memoria, su memoria colectiva; recordar y ser recordados pareciera ser su imperativo primordial. Basta que echemos una mirada, por ejemplo, sobre Masada

en el 73 ó 74 a. c.² la expulsión de la península ibérica o sobre el mismo holocausto y cuán presentes están aún en sus mentes.

Es sobre todo en el Deuteronomio donde se reclama el deber del recuerdo y de la memoria constituyente. Memoria que es, en primer lugar, reconocimiento hacia Dios, memoria que es fundadora de la identidad hebraica: "*Guárdate de no olvidar al Señor, tu Dios, ya sea dejando de observar sus mandamientos, sus leyes y sus estatutos, que hoy yo te doy*" (8, 11); "*que no sea otro tu corazón que no olvide al señor, tu Dios, que te hará salir de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud*" (8, 14); "*recuerda al Señor, tu Dios, porque es él quien te da fuerza para prosperar, para mantener el pacto que juró a tus padres, como hoy, pero si olvidaras al Señor, tu Dios, y siguieras a otros dioses, los sirvieras y te postraras a ellos, te advierto hoy que ciertamente pereceréis*" (8, 18-19).

Memoria de la cólera de Yahvé: "*recuerda no olvidar, cuánto has irritado al Señor, tu Dios, en el desierto*" (9, 7). Memoria de las injurias de los enemigos: "*recuerda qué cosa te hizo Amalec a lo largo del camino, cuando saliste de Egipto, cuando se te adelantó por el camino y golpeó a todos los débiles que estaban detrás, mientras tú estabas cansado y exahuto: no temáis a Dios. Ahora, cuando el señor, tu Dios, te haya dado reposo de todos tus enemigos, alrededor. En la tierra que el Señor, tu Dios, te da en herencia para que tú tomes posesión de ella, cancela la memoria*

² Al parecer no habría certeza acerca de la fecha exacta del suicidio colectivo de parte de los judíos ocurrido en Masada, ante el asedio de los romanos.

de Amalec bajo el cielo; no te olvides de esto" (24, 17-19). Y en Isaías (44, 21) se encuentra la invitación a recordar y la promesa de la memoria entre Yahvé e Israel: "*acuérdate de estas cosas, oh Jacob, y tú, Israel, puesto que tú eres mi siervo, yo te he formado: tú eres mi siervo, Israel, no te olvidaré*"³.

Así, "*el pueblo hebreo es el pueblo de la memoria por excelencia*" (Le Goff, 1991: 151).

Recordar para el pueblo judío, entonces, consiste en participar en una serie de rituales, tanto religiosos como sociales, a través del tiempo y donde la obligación de hacerlo se opone a los nefastos resultados que puede tener su opuesto, olvidar; no saber para siempre quién se es y lo que se ha propuesto el individuo y el pueblo en la Historia. Esta memoria es *mneme*, se recuerda a través de las generaciones lo ancestral, no son escenas propias del individuo, sino que son ajenas a él.

En estricto rigor, los pueblos sólo pueden olvidar su presente, no el pasado, ya que los individuos que componen a ese pueblo pueden olvidar acontecimientos que se produjeron durante su propia existencia, pero no pueden olvidar un pasado que ya ha sido anterior a ello; por eso, cuando decimos que un pueblo recuerda, en realidad estamos diciendo en primer lugar, que un pasado fue transmitido en forma activa a las generaciones contemporáneas a través de la memoria y en segundo lugar, que ese pasado que se transmitió, se recibió como cargado de un sentido propio. "*El recuerdo no es un regreso al pasado sino la adaptación de un evento pretérito a las*

³ Las negrillas no pertenecen al texto original.

circunstancias del presente; es reorganizar y darle un nuevo significado a lo perdido." (Stavans, 1994: XVI). De esta manera, un pueblo olvida cuando la generación que posee el pasado no lo transmite a la siguiente o en su defecto, cuando ésta rechaza lo que recibió o cesa, a su vez, de transmitirlo, lo que vendría a ser en términos de efecto a producir, lo mismo. En un nivel metafórico pero no por eso menos significativo, la amnesia no es sólo una perturbación en el individuo, sino que determina perturbaciones más o menos graves de la personalidad y, del mismo modo, "la ausencia o la pérdida, voluntaria o involuntaria de memoria colectiva en los pueblos y en las naciones, puede determinar perturbaciones graves de la identidad colectiva" (Le Goff, 1991: 133).

Así recordar se transforma en re-crear, memoria e imaginación se unen, como sucede con la literatura y por ende, la visión del pasado que se produce por medio de la memoria dista bastante de la histórica, está muy lejos de ser un buen producto de la ciencia. Las *anamnesis*, las reminiscencias transforman en forma inevitable a su objeto; convierten lo antiguo en nuevo e inexorablemente ellas destruyen el pasado intermedio, señalándolo como apto para ser olvidado aunque, de no mostrarse efímero el resultado de este último acto, deberá convertirse a su vez en una nueva tradición, con todo lo que de ello devenga. Se trata entonces, de darle un sentido, un significado al pasado, otorgarle un valor simbólico que lo haga valioso y digno de ser recordado para las generaciones venideras. Según Yerushalmi, entonces:

El pueblo judío se preocupa desde antaño por preservar la memoria colectiva (...) De hecho, la identidad colectiva está afianzada en esa obligación de recordar, de impedir que el tiempo borre los detalles del pasado, porque sólo a partir de la remembranza, a partir de la comunicación con un tiempo primitivo y antiguo y con un futuro desconocido pero prometedor, es factible una permanencia en la Historia. La Historia pues, es la manifestación viva de la memoria, su teatro, y cada judío es un eslabón, un actor, la evidencia de una promesa atemporal hecha en el Monte Sinaí entre el cielo y la tierra que no se olvida ni se olvidará. (...) [es] la necesidad ineludible [de] saberse receptáculo de una memoria infinita que convierte a todos y a cada uno de los miembros del pueblo judío en individuos esenciales e imprescindibles de una cadena inmortal. A través del mero acto de recordar, el judío promete lealtad a sus antepasados y sucesores y se inscribe en el flujo histórico; es en tanto recuerda de dónde viene y adónde va.(Stavans 1994: XIV)

Siguiendo esta idea entonces, debiéramos llegar inevitablemente a que el judío no solamente nace, sino que también se hace, y se hace al recordar la memoria, su historia, el mito que le precede y que a su vez deberá de encargarse de transmitir a las generaciones que le sucedan si es que quiere preservarse como pueblo.

¿Qué sucede entonces, cuando un individuo como éste llega a Norteamérica, otrora tierra prometida, y se enfrenta al modo de vivir de este país?.

USA: ¿La tierra prometida?.

Pareciera que de alguna forma, el ser judío está obligatoriamente asociado con la idea del viaje y el cambio. El caminante eterno que busca sin descanso alguno al paraíso en la tierra, al Edén. Aún más, pareciera que esta búsqueda tuviera una dirección bastante clara: de oriente a occidente. La civilización humana gira siguiendo al sol y es de esta manera como muchos judíos viajaron a América, intuyendo que era allí donde se podría vivir la nueva vida anunciada por los profetas en la tierra prometida. Es así como los primeros inmigrantes llegaron al continente entre los años 1500 y 1650, siguiendo de cerca a sus compatriotas colonizadores españoles y portugueses, y huyendo de la Inquisición, pese a lo cual, esta última continuaría su persecución en México, Perú y Brasil.

Sin embargo, no es hasta el segundo período de colonización (1650 - 1789) cuando los judíos comienzan a hacer pie firme tanto en América del Norte como en las Guayanas y en las Antillas, principalmente, posesiones holandesas, francesas e inglesas. Ya en 1654, un grupo de "fugitivos" judíos del Brasil portugués desembarca en una región llamada New Holland, cuya capital era New Amsterdam. Pese a las dificultades que el gobernador del lugar les pone, ellos logran adaptarse y permanecer en el lugar hasta que en 1664, New Holland pasa a ser New England y New Amsterdam se conoce como New York, cambiando positivamente la actitud del nuevo gobierno inglés hacia la comunidad judía.

Durante la guerra de la independencia norteamericana (1775 - 1783) los judíos estaban representados en ambos bandos de la lucha, aunque la mayor parte de ellos se

inclinaba por los combatientes de la libertad, el de los "patriotas" revolucionarios. *"Pero el más valioso servicio al movimiento libertador lo prestaron los judíos en su calidad de financistas y proveedores del ejército"* (Dubnov, 1951: VII, 372); muchos de los cuales no dudaron en poner en forma íntegra a disposición del movimiento libertador el dinero que habían acumulado hasta entonces.

"La "Declaración de la Independencia" proclamada por los 13 Estados Unidos de la América del Norte (1776) empleó palabras que el pueblo "perseguido" jamás había escuchado en los países europeos (...) "Ningún hombre que reconozca la existencia de Dios puede ser privado por las leyes de los derechos civiles, así como no puede ser sometido a ninguna clase de opresión por sus convicciones religiosas" (Dubnov, 1951: VII, 373). El camino entonces estaba hecho para que comenzara el gran "éxodo" hacia Norteamérica.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la colonia hebrea norteamericana se encontró alejada de las crisis de la revolución y de la reacción, al margen de la corriente histórica del judaísmo. La emancipación de los judíos se logró allí antes que la misma revolución francesa, en el momento de surgir la nueva república. Sólo un pequeño grupo del gran pueblo judío (apenas diez mil en la primera mitad del siglo XIX) disfrutaba de la libertad y la igualdad a diferencia de lo que ocurría en la mayoría de los países europeos; América estaba libre para todos y allí hubieron de ir muchos procedentes de los países en que aún se les perseguía.

En el año 1848 ya había en EE.UU. la cantidad considerable de cincuenta mil, es decir, durante 20 años la población hebrea se había quintuplicado.

Es sabido que el fin del siglo XIX y el comienzo del siglo XX fueron una época de gran inmigración en la historia de este pueblo. Desde la expulsión de España y las convulsiones en Ucrania de los cosacos, que no se daba en los países de la Diáspora una migración en masa tan persistente como en este período, que tomó como corriente principal, el camino hacia Estados Unidos. Así, los centros de la Diáspora se trasladaron y se acentuó el crecimiento del judaísmo extraeuropeo, constituyéndose en Norteamérica el segundo centro más grande de judíos, después del de cinco millones que había en Rusia.

Lo irónico es que la masa de inmigrantes procedía sobre todo de Rusia. *"En estilo talmúdico se podría decir que con la ruina de Rusia se levantó Norteamérica. Cuatrocientos años después de Colón, el pueblo exiliado volvía a descubrir América, tierra de ensueño para una migración en masa."* (Dubnov, 1951: X, 252). A comienzos del siglo XX ya existía una gran comunidad: un millón y medio de almas y, en vísperas de la primera guerra mundial se calculaban en los EE.UU. unos tres millones de judíos. En medio del sufrimiento, surgió el nuevo centro de la Diáspora, del otro lado del océano. La gran mayoría de la masa emigratoria quedaba en New York donde se acomodaba al estilo americano. Habían allí congregaciones y sociedades judías designadas según los lugares de procedencia de sus componentes, las cuales tomaban a cada nuevo integrante y lo ilustraban en las maneras norteamericanas. A diferencia

del resto de los europeos que llegaban para hacer dinero y luego de unos años volvían a su país, los judíos se dirigían al nuevo mundo para encontrar una nueva patria en vez de su perverso hogar de antes. Se dirigían allí para siempre, con sus familias o con la convicción de que más tarde enviarían por ellas.

Conforme a las leyes de la nación, después de cinco años de residencia en el país era posible convertirse en ciudadano norteamericano y los judíos, de seguro, se naturalizaban gustosos. Estos tenían una participación muy activa en la vida política del país, sobre todo en las elecciones parlamentarias. Con el incremento de la población judía, que contaba con numerosos votantes, su significación política se hizo cada vez mayor. Observadores de aquella época anotan con cuánta rapidez cambiaban el aspecto exterior y las costumbres de las masas judías llegadas a los EE.UU.. El judío patriarcal del pueblecillo de Lituania o Polonia, por ejemplo, se convertía en norteamericano inmediatamente después de su llegada al país:

"Arrojaba la vestimenta anticuada y la reemplazaba con un saco corto o con una camisa de trabajo para que no se le considerara "gringo" y los muchachos de la calle no se burlaran de él. También por la misma necesidad de adaptación al nuevo estilo de vida, los hombres se afeitaban las barbas y cortaban las guedejas, y las mujeres se privaban de las pelucas. La influencia de este modo de ser hasta afectó a uno de los aspectos fundamentales de la práctica religiosa: al descanso sabático (...) los obreros de las fábricas se decidían a trabajar el sábado porque en todas partes, fuera de los talleres que pertenecían a judíos ortodoxos, se tenía la costumbre de descansar el domingo."(Dubnov, 1951: X, 262).

Pero en general, el orden de vida religioso no se modificó mayormente en la primera generación de inmigrantes. Se hallaban reunidos particularmente en grupos compactos, en barrios estrechos. En estos, dominaba el idisch, lengua que no quería someterse a la inglesa que la juventud estudiosa aprendía en las escuelas y en los cursos de inglés que se dictaban para inmigrantes maduros. Sin embargo, entre sí, ellos hablaban la lengua de su infancia, introduciendo en ella términos técnicos y expresiones corrientes inglesas, por lo cual se formó un especial dialecto anglicanizado del idisch.

La gran inmigración de fines del siglo XIX, formó en el judaísmo norteamericano una nueva capa social superpuesta a las dos capas anteriores: el elemento sefardita que fue llegando al país durante varios siglos y el elemento alemán que apareció a mediados del siglo XIX. En cuanto al número, la tercera capa, la judía rusa, fue pronto la dominante, aunque por la posición social, estaba por debajo de los elementos anteriores que pertenecían sobre todo a la clase de los grandes o medianos capitalistas.

La lengua popular, el "jargón" tan despreciada en la vieja patria, se convirtió en el nuevo mundo, en recio instrumento de cultura judía que debilitó la fuerza asimilacionista de la vida norteamericana sobre los recién llegados. A diferencia de la primera generación, la segunda generación que ya había nacido en Estados Unidos o había recibido allí instrucción en la escuela común, cambiaba la lengua materna por la

lengua local, la oficial del país y en parte, también adoptaba las costumbres norteamericanas y se inclinaba al asimilacionismo, aún cuando, a comienzos del siglo XX, se viera resistido por el movimiento nacional que abarcó al judaísmo en ambos hemisferios.

Es entonces, dentro de este contexto, en donde tiene que desenvolverse la religión del pueblo judío, y como veremos, no es una tarea nada de fácil, debido a las singulares características religiosas de Estados Unidos.

Estados unidos, religiones separadas.

Harold Bloom, en su libro *La religión en los Estados Unidos*, nos dice " *somos una masa amorfa(...) sospecho que [nuestro carácter nacional] debemos ubicarlo en las formas internas y amorfas de nuestra fe nacional*" (Bloom, 1994: 12). Señala así que la libertad en el contexto de la religión estadounidense, significa estar a solas con Dios, lo que en la realidad social se traduce como soledad. Ésta es una de las principales características de lo que él llamará la religión estadounidense, una religión que no se practica en sí, porque no existe como tal, pero que cruza a todas las religiones que existen en los Estados Unidos, a excepción, quizás, del judaísmo y el cristianismo; es decir, cruza a las religiones que han nacido en el seno de esa tierra que alguna vez se levantó como "la tierra prometida". Si se es estadounidense, afirma Bloom, y se tiene un temperamento religioso, sin que importe lo excéntrico o lo esotérico que uno pueda

llegar a ser, necesariamente se tiene alguna relación con esta religión. *"Las convicciones fundamentales en cuanto a las relaciones entre lo humano y lo divino son algunas veces diferentes entre católicos, luteranos y judíos en los EE.UU., pero casi todos los demás creyentes son devotos de la religión estadounidense, ya sea que estén conscientes de ello o no"* (Bloom, 1994: 289).

Para ellos la identidad propia no es parte de la creación ni de la evolución a través del tiempo, no es el Adán del Génesis sino que un Adán mucho más primordial, el cual es tan antiguo como Dios, es más antiguo que la Biblia y no está limitado de ninguna manera por el tiempo ni marcado por la mortalidad. Es así como el alma se aísla y algo más profundo que ella, el verdadero Yo, la identidad propia del estadounidense queda libre para estar a solas con un Dios que está tan aislado y solitario como él; es un Dios libre, un Dios de la libertad. Esa identidad propia ya es parte de ese Dios y por eso se hace posible la "comunicación" entre ambos. Es más, el Dios de esta religión es un Dios empírico que está tan *radicalmente dentro* de su propio ser como para que él se identifique con lo más auténtico de la identidad propia.

Bloom dirá de los estadounidenses *"somos una cultura desquiciada desde el punto de vista de la religión, en un intento desesperado por encontrar el espíritu, pero cada uno de nosotros es sujeto y objeto de esa única búsqueda que debe ser la identidad propia original"* (Bloom, 1994: 18). Más aún, para ellos la religión significará los sentimientos, actos y experiencias de los hombres individuales en su soledad, en la medida en que ellos se comprendan a sí mismos en cuanto a la relación con lo que ellos

consideren que es divino. La soledad, la individualidad y el pragmatismo de los sentimientos, actos y experiencias - más que de los pensamientos, deseos y memorias - serían los elementos esenciales de la diferencia que posee la religión estadounidense con respecto, por ejemplo, a la judía. Según esto, habría una exclusión del sentido de lo comunal.

La libertad para los estadounidenses significa entonces dos cosas: ser libre de la creación y ser libre de la presencia de otros humanos, es decir, individualismo puro. Para Bloom, "*ninguna otra nación occidental (...) iguala nuestra obsesión por la religión. La mayoría de nosotros cree en alguna versión de Dios y casi toda esa mayoría en verdad cree que Dios lo ama sobre una base personal e individual*" (Bloom, 1994: 279). Quizás, es por esto que los EE.UU. siguen considerándose EL redentor del mundo.

Sin embargo, al final lo que tenemos es la religión tradicional transformada en una fe que se ajusta mejor al temperamento nacional norteamericano y sus propias aspiraciones y ansiedades nacionales. Ya en 1902, por medio de su obra *The Varieties of Religious Experience*, William James - uno de los grandes críticos religiosos según Bloom - se permitía entender a la religión como "*los sentimientos, actos y experiencias de los hombres individuales en su soledad, en la medida en que se comprendan en cuanto a su relación con lo que ellos consideran que es divino*" (Bloom, 1994: 21). Son EXPERIENCIAS PERSONALES las que convierten al Dios estadounidense del siglo XX en una experiencia individual para el creyente norteamericano. Éste es el Cristo para

todos ellos, ya sean mormones, evangelistas, musulmanes o librepensadores, puesto que el Cristo estadounidense es más un estadounidense que un Cristo.

La conciencia, centrada en la identidad propia, es la fe para un estadounidense.

Debido al "Sheilaismo" - doctrina que exhorta a amarse a uno mismo y a ser benévolo con uno mismo - EE.UU. se habría convertido en una nación de 250 millones de sectas. La influencia de las sectas en la sociedad norteamericana ha sido enorme; son una de las principales fuentes de su individualismo y de la omnipresente idea norteamericana de que todos los grupos sociales son frágiles y necesitan un esfuerzo constante para mantenerse; esfuerzo que muchos de ellos no está dispuesto a hacer.

Debe quedar claro, entonces, la exclusión del sentido comunal en esta religión, pues será justamente allí en donde comenzarán los problemas para la comunidad judía a la llegada a esta nación.

Los judíos fueron la primera religión que se convirtió en un pueblo⁴. Una religión convertida en pueblo. El judaísmo no es sino la forma de vida característica del pueblo judío cuya esencia forma un triángulo indivisible entre la tradición, la cultura y la nación. "*Toda creencia, toda creación, toda discusión, toda decisión del pueblo judío a lo largo de su historia y hasta nuestros días incluyen estos tres elementos básicos*" (Tapia, 1996: 7). El judaísmo es más que una religión, es una cultura que ha tenido un largo proceso de confrontación con la cultura norteamericana, desde el momento en que se asentó en tierras Norteamericanas.

Qué hace entonces, un judío en una tierra donde cada uno se ocupa de lo suyo, en una sociedad donde el poder está resguardado por un materialismo abundante; si es precisamente en la Diáspora donde la importancia de la familia, la importancia de pertenecer a una comunidad, es realzada al vivir (los judíos) sin el marco político nacional que los rigió en tanto vivieron como pueblo independiente. Es aquí más que en ningún otro lugar donde la familia es el EJE FIJO para modelar la vida del individuo; es en ella donde se encontrarán los símbolos esenciales y la mantención de las costumbres y las tradiciones.

Frente a esto, pareciera que existen sólo dos alternativas: Cambiar o permanecer; ser judío "por completo" o, simplemente, no serlo. Veamos qué sucede.

SEGUNDA PARTE

OLVÍDALO, ¡HAZTE AMERICANO!

"My father took the name of a minstrel he liked -Leonard- as his middle name. And he wasn't really Jack, he was Jacob, and the last name wasn't Warner. I asked him once, " *What was the real family name?*" and he said, " *Jack, get me a cigarette.*" Then he let the smoke curl up, and he looked at me and said, " *I don't remember.*"

(Jack Warner Jr., *The New Yorker*)

A pesar de la inmensa diversidad sociológica que pareciera existir entre los judíos-norteamericanos, hay escritores que habrían logrado hacer una cierta generalización a partir de ciertos rasgos comunes existentes entre ellos, materializándolos en obras como las que veremos a continuación. Muchos de ellos se definen primero como escritores norteamericanos y luego como judíos - es el caso de Bernard Malamud o Saúl Bellow, por ejemplo - pero siempre, todos ellos "*incluyen en sus obras personajes judíos con determinados problemas, conflictos y preocupaciones que llevan latente una personalidad judía problemática y que en contacto con la sociedad americana adquieren características comunes. Son escritores nacidos en América, hijos de emigrantes de Europa Oriental, que ya han hecho suyo el idioma inglés, han estudiado y enseñado en universidades americanas y su acceso a la literatura no ha sido algo espontáneo, sino fruto de un estudio y de una reflexión crítica en el ámbito lingüístico y literario.*" (Varela, 1992: 303). Quizás es debido a

esta última razón, el hecho de que las obras de estos autores estén llenas de un gran contenido social y que, ciertamente, enseñen con propiedad el verdadero estilo de vida que se lleva en Norteamérica, cuando no se es un nativo propiamente tal.

Ahora bien, la prolongada presencia de la nación judía en medio de otras naciones que - inicialmente - le son extrañas, pareciera crear un problema de cierta gravedad en los albores de las relaciones entre ambas, entre quien acoge y quien es acogido, a saber - y esto no es nada nuevo - la cultura, tradición, raza y religión de quien hospeda a la nación judía resulta ser, muchas veces, completamente distintas, convirtiéndose en una suerte de "antagonista" permanente de Israel. Si se permite que esa "disputa" crezca sin obstáculos y se prolongue sin que nada la apacigüe, rápidamente se producirá un estallido y nos encontraremos, nuevamente, de frente a una de esas tragedias que han caracterizado la historia del pueblo judío y porque no decirlo, la historia de la humanidad. Esta disputa o problema no puede ser aminorado ni pasado por alto, debe ser encarado y al parecer, esta es una de las misiones que se imponen estos escritores en la medida en que, a través de sus textos, van enseñando el tipo de vida que lleva un judío cualquiera en Norteamérica, un judío que no está completamente consciente del problema cultural que significa su presencia como pueblo, dentro del pueblo norteamericano.

Como si se tratara de un organismo cualquiera, la tensión que produce la presencia de un cuerpo extraño en él debe ser reducida o regulada pues él, como elemento ajeno que es, produce una fricción que daña tanto a él mismo como al

organismo que lo aloja. El problema entonces, consiste en la manera en que esas tensiones pueden ser relajadas de una forma benéfica y cómo se vuelven las cosas permanentemente a su orden natural. Es justamente aquí, donde entran a "jugar" los escritores judíos-norteamericanos, en la medida en que - como si fuese un "ensayo" naturalista - en sus obras encontramos diversas respuestas a este problema.

Pareciera, volvemos a señalarlo, que hay dos maneras de llegar a un fin tan deseable, a un fin armónico.

La primera es eliminando lo extraño. La segunda, segregándolo. No hay otras.

Ahora bien, al eliminar a un elemento ajeno uno tiene tres diferentes maneras de lograr su objetivo. La *primera*, francamente hostil, es a través de una *eliminación por destrucción*. Una *segunda* forma, menos severa que la anterior pero no por eso, menos hostil, es la *eliminación por expulsión*; finalmente, la *tercera* opción es por medio de una *eliminación por absorción*, es decir, cuando el elemento ajeno se convierte en una parte indiscernible, indistinguible del organismo en el cual era al principio, un motivo de perturbación y se suma a él. Es sorprendente cómo ya podemos rastrear claros ejemplos para cada una de estas situaciones en el caso de la historia del pueblo judío aunque, a nuestro parecer, es la última opción una de las más frecuentes posibilidades que se dan en suelo estadounidense. Pero no nos adelantemos.

La segunda manera de conseguir eliminar el roce es, como se dijo, la *segregación*, que pareciera actuar cuando la eliminación se muestra como un hecho imposible o indeseable. En este caso, también podemos hablar de dos formas en que

se lleva acabo, uno hostil y uno amistoso. Se puede segregar el elemento extraño sin consideración a sus propios fines o deseos, de acuerdo a un plan concebido en forma exclusiva desde el punto de vista del organismo "invadido", produciéndose la reducción del roce ya descrito, originado por su mero aislamiento al ser interceptados los conductos a través de los cuales puede afectar a su huésped. Sin embargo, la opción que parece más razonable se efectúa mediante un proceso en el cual se toma en cuenta plenamente al objeto segregado así como al organismo que lo segrega, haciéndose cargo del beneficio de ambos. De esta forma, ya no lo llamamos *segregación*, si no que se puede pasar a llamar *reconocimiento*.

Como diferentes autores, quien adscribe y escribe estas líneas, lo hace con la convicción de que todas las soluciones que difieren de esta última alternativa son moralmente malas e inaplicables y no logran la solución que se busca. El pueblo judío las ha sufrido desde los albores de su historia y aún existe como tal.

Los cuentos que siguen a continuación, representan algunas de las posibilidades antes mencionadas, quizás las que en medio de la fuerte cultura individual estadounidense sean las que más resaltan como solución, a corto y mediano plazo, para un judío en esta tierra. A la vez, enseñan también en qué forma el judío se siente como tal, o puede tratar de sentirse como tal en Estados Unidos, tanto para sí mismo como para la nueva sociedad que lo acoge y lo rodea; y cómo se mantiene - o intenta hacerlo - en medio de 250 millones de religiones particulares.

La Memoria muerde, no engaña.

En la primera parte de este estudio, señalamos el hecho de que una parte importante de la identidad del pueblo judío pasaba por su vida en (su) comunidad y, además, ligamos estrechamente a la memoria, especialmente a la memoria del pueblo judío, con el proceso de identidad, es decir, a ésta como el pilar fundamental en el reconocimiento propio del ser humano como tal.

Yentl de Isaac Bashevis Singer (1904 - 1991) nos dará el pie para comenzar; aunque ella no sea una historia ambientada específicamente en los Estados Unidos, sí es, por lo demás, un claro ejemplo de cuán importante es este problema para el pueblo judío, por lo que consideramos fundamental su análisis a la hora de realizar nuestro estudio. En ella, encontraremos la historia de Yentl, joven mujer que ha quedado recientemente huérfana a causa de la muerte de su padre, Reb Todros. Con él, Yentl solía dedicarle horas a la lectura de la *Torá* mientras su padre se encontraba postrado en su lecho, al contrario de lo que acostumbraban hacer las chicas de su edad; aún más, ciertamente que Yentl no sabía coser ni tejer, se le quemaba la comida y tampoco lograba aprender a cocinar. Ella misma admitía que la vida de las mujeres no le llamaba mayormente la atención, al contrario de las actividades masculinas que sí le atraían fuertemente. Su propio padre solía decirle que ella tenía el alma de un hombre en el

cuerpo de una mujer, "porque incluso el cielo se equivoca."(Stavans, 1994: 173). El hecho es que, a la muerte del padre y contraviniendo los deseos de la gente del pueblo, ella decide tomar las ropas de él, cortarse sus largas trenzas e irse a alguna *yeshiva* para dedicarse al estudio de los textos, con su nueva apariencia de apuesto joven moreno.

En viaje hacia Zamosc, al detenerse en una posada del camino, conoce a Avigdor, joven estudiante de la *yeshiva* de Beshev, quien se encuentra volviendo al pueblo y a quien Yentl, ya bajo el nombre de Anshel, decide acompañar para dedicarse al estudio de los textos sagrados en ese lugar. Camino al pueblo, Avigdor le cuenta su triste historia: él había sido prometido en matrimonio a Hadass, hija única de Alter Viskkower, el hombre más rico del pueblo; hasta que un día y sin una explicación de por medio, le fue devuelto su contrato matrimonial. Por supuesto, Avigdor continúa enamorado de Hadass y ella, como más adelante se conocerá, también le corresponde pese a que su padre se había opuesto al matrimonio al descubrir que un hermano de Avigdor se había ahorcado con antelación.

La historia sigue y Anshel y Avigdor se hacen grandes amigos y compañeros de estudio de la *Torá*, hasta que Avigdor, "presionado por sus necesidades como hombre" contrae matrimonio con Peshe, viuda y el tipo de mujer que termina por "matar" a su esposo con su carácter y sus malas costumbres. En ese instante, se aleja de la compañía de Anshel, quien lentamente comienza a urdir todo un plan para reunirlos nuevamente con Hadass, pese a que constantemente se está preguntando acerca de

lo correcto de sus actos, justificándose sólo a través del deseo que inundaba a su alma por querer estudiar a la *Torá*, y aún más, pese a haber terminado por enamorarse del que era su compañero de estudio y su alma gemela, como Jacob y Benjamín o David y Jonatán. De esta manera, Anshel pide en matrimonio a Hadass y se las ingenia para pasar la noche nupcial sin despertar sospechas aprovechándose de la ingenuidad de su joven esposa y con las mismas artimañas que ha ocupado para evitar, por ejemplo, el bañarse en el río con los otros estudiantes de la *yeshiva*. Así, consigue que Avigdor se vuelva a reunir con él y reanuden sus largas caminatas y conversaciones al atardecer, mientras que él no pierde un momento para señalarle lo mal mujer que es Peshe y cómo lentamente lo está consumiendo con su forma de vida.

Una tarde, Anshel decide revelarle el secreto a su amigo y juntos parten en un viaje hacia Lublin donde por fin Yentl "desnuda" la verdad a su compañero. Es entonces cuando ambos comienzan a intentar arreglar el lío que se ha armado con Hadass de manera que sea Avigdor quien se quede con ella, sin que ésta quede como una "mujer abandonada" por su marido, situación en la cual no puede volver a contraer nupcias. Finalmente, Avigdor vuelve a Bechev, donde termina por divorciarse de Peshe mientras que Hadass recibe por correo los papeles de divorcio de Yentl. El pueblo entero se halla consternado y surgen un sin fin de teorías acerca de que le ha sucedido a Anshel sin que nadie pueda dar con la verdad, a no ser, claro está, del propio Avigdor quien se empeña en guardar su secreto en forma tenaz. El tiempo no pasa en vano, y poco después, ocurre lo insólito; el una vez rechazado novio de Hadass,

Avigodor, vuelve a comprometerse en matrimonio con ésta, con lo que ambos, al poco tiempo, recuperen su amor y sorprenden al pueblo bautizando a su hijo primogénito como Anshel.

Esa es la historia; centrémonos ahora en lo que principalmente nos interesa.

Lo primero que tenemos es al personaje principal, Yentl, de quien no conocemos casi nada de su pasado, situación que se vuelve fundamental para que ella pueda desafiar a su destino, con el cual no está de acuerdo - llevar una vida de mujer - y además, "travestirse" en Anshel, como si el no poseer una historia previa, el que no se conozcan los recuerdos de su infancia le produjera, primero, la posibilidad de ser ambigua en cuanto a su personalidad permitiéndole realizar su juego entre ambos sexos. Como se puede ver en el propio texto, a ella se le conoce como Yentl, nombre que antes del fin de la primera parte del cuento ya abandona por el de Anshel, aunque inicialmente, ni el propio narrador ni ella misma se deciden por alguno. Como si la ropa hiciera al hombre: "*Despojada de su gabardina y de los pantalones, se transformaba nuevamente en Yentl*" (ibid: 179) y a la vez, hacia el final de la historia, Anshel se quita su gabardina y rápidamente, aparece su nombre "real", Yentl: "*Anshel se quitó la gabardina y la camisa bordada, despojándose luego de su ropa interior (...) Y Yentl pasó a contarle toda la historia*" (ibid: 188). Es en este momento, cuando Yentl tiene "algo que contar", es decir, tiene recuerdos; tiene una "nueva" historia, anterior, que puede "nombrar" y que termina por hacer que la tela de araña que ella mismo ha creado (con sus engaños), comience a desenredarse, se empiece a solucionar; ya no

vale la pena continuar con su engaño pues se hallan "en las puertas" de corregir el pasado de Avigdor. Incluso aún, ella le señala al desnudarse: "*He hecho esto sólo para que puedas dar fe ante los tribunales. De otro modo, Hadaś constará siempre como una mujer cuyo marido está ausente*" (ibid: 188).

En segundo lugar su falta de pasado, su falta de memoria aparece como una condición necesaria para que ella - y nadie más que ella - esté llamada a "redimir" la fallida historia de amor entre Avigdor y Hadass, es decir, al no tener este pasado puede intervenir en él y corregirlo porque no tiene nada que lo ate a él. Es aquí cuando ella descubre su verdad sólo con la intención de redimirlos a ellos y a la vez, termina por redimirse ella misma. Al contar su verdadera historia, al relatar lo que le ha sucedido hasta ese momento le da un sentido final a la narración, es el momento que hace que uno como lector, no condene a Yentl por su serie de herejías en contra de sus leyes religiosas; esta razón, más que el deseo del estudio de la *Torá*, la redime como persona y esa redención, como se puede ver, solamente llega cuando ella asume su pasado, asume sus actos realizados y ellos pasan a formar parte de su identidad, de una identidad totalmente nueva que acaba de adquirir y que la prepara para que pueda iniciar un nuevo viaje hacia otra *yeshiva*, nunca más como Yentl sino que, para siempre como Anshel.

Por otro lado, los personajes "secundarios" de la obra no se quedan atrás en cuanto a su relación con la memoria. A Avigdor, por ejemplo, su pasado lo está condenando, lo persigue y es él quien le arruina su matrimonio con Hadass al

descubrirse que Avigdor tenía un hermano que se había ahorcado en el pasado y, aún más, en un momento él mismo piensa en seguirle los pasos a causa de su amor por ella: *"-He decidido hacer lo mismo que mi hermano. -¿Tanto la amas?. - La llevo clavada en el corazón."* (ibid: 183). Por otra parte, cuando Anshel le recrimina el hecho de que lo ha abandonado después de su matrimonio con Peshe, sin despedirse siquiera, él contesta: *"No quería dejar ninguna puerta abierta a mis espaldas"* (ibid: 183); y es justamente esto lo que debe hacer para volver a tomar la vida entre sus manos y llevarla por un buen camino, ir cerrando todas las puertas de su pasado - con la ayuda de Yentl - y así, a partir de éste, ya concluso, confiar en lo que el futuro depara, inclusive fundando nuevas conductas en el pueblo: *"El pueblo se quedó de una pieza. El matrimonio entre un hombre y una mujer que, pese a haber firmado un compromiso, lo hubieran roto, era algo inaudito."* (ibid: 193); pero sin olvidar: el hijo nacido de Hadass y Avigdor llevará el nombre de Anshel. El pasado se corrige y el futuro se vislumbra esplendoroso.

Como si esto fuera poco, el pasado también es parte de Peshe, la primera esposa de Avigdor. Ella es viuda, tiene una historia anterior a Avigdor, por lo cual no es necesario prepararla para nada que diga relación con la ceremonia de bodas. Aún más, ella continúa con la conducta que terminó por "matar" a su primer esposo, con lo que, de igual manera, va consumiéndose lentamente a Avigdor. A la vez, cuando Anshel se entrevista con Reb Alter Vishkower, padre de Hadass, una de las primeras cosas

que éste necesita saber es acerca de su pasado: "*Vamos a ver... Ven acá, cuéntame algo de tu familia.*" (ibid: 183).

Es innegable, entonces, la importancia que adquiere el pasado, que adquieren los recuerdos, que adquiere la memoria en la vida de los personajes de esta historia. Sin embargo, no siempre es así; es decir, podemos encontrar situaciones opuestas como la que vemos en *La verdad flotante* de la autora Grace Paley (1922-).

La sencillez de la historia, contrasta con la profundidad de su visión acerca de la forma en que puede darse la asimilación en la civilización estadounidense.

Eddie es una mujer ya madura, que se encuentra en busca de su primer trabajo. Para esto, es ayudada por su "agente" y amigo Lionel, americano típico de los que se han forjado su vida a costa de su sudor y su trabajo, pero de un mal gusto inevitable para tratar con personas. El problema es que Eddie no sabe hacer nada o casi nada, pese a lo cual Lionel se compromete a encontrarle un trabajo donde ella pueda "hacer el bien", algo que según ellos, en el momento, "está de moda". Es entonces cuando "entra en escena" Jonathan Stubblefield, hombre de treinta y un años, pero que aparenta muchos más, que aún conserva frescos los recuerdos del desastre de Pearl Harbour y que lleva su vida sumido en el "mundo de los negocios". Este último termina por emplear a Eddie un buen tiempo, hasta que un día, una nueva mujer - mucho más joven que ella - arriba a la oficina contratada por medio de la Western Union. Esta situación incomoda profundamente a nuestra protagonista, la que nuevamente se reúne con Lionel para aclarar ciertos puntos acerca de la clase de trabajo que le ha

conseguido - en verdad, no hay nada que hacer en la oficina - pero él termina por hacerle entender y valorar lo que "tiene entre manos". Eso es todo. Esa es la historia, breve, pero con claras señales que se descubren, principalmente, a través de los diálogos que los personajes llevan a cabo.

Eddie es una judía de la cual no sabemos nada, su historia parte en el mismo momento en que se inicia la narración: no hay un antes y ciertamente, tampoco habrá un después. Incluso sólo llegamos a saber de su religión, cuando hacia el final de la obra señala: *"Le debía algo y esta vez se lo pagué. Tenía razón. Además, era Sabbath"* (ibid: 205). Éste es el único detalle que nos permite conocer su condición de judía, tal es el estado de asimilación en que se halla y es lo que inicialmente distinguíamos como "eliminación por absorción"⁵. Claramente, si alguna vez fue judía, en el tiempo de la narración ha perdido esa condición por una sencilla razón: ella se presenta como un personaje sin pasado, sin memoria. Al no tener pasado, no sabe lo que quiere, no sabe dónde trabajar. Tampoco sabe hacer mucho, hace seis semanas que ha dejado el instituto y se siente al borde de un paro crónico, tiene una urgencia por empezar a "escribir su propia historia de vida". Sin embargo, pareciera estar al tanto de su "falta" cuando señala a propósito de un joven oficial de la policía: *"¿Cómo puede nadie afrontar el futuro sin las espaldas cubiertas?"* (ibid: 198). Pareciera que, ya que ella misma no puede cubrirse las espaldas, es Lionel quien le cumple esa función; cuando

⁵ El cuerpo extraño se convierte en una parte indiscernible del organismo en el cual era, al principio, un motivo de perturbación. Se sume en él.

hay problemas, es a él a quien recurre ya que ella no posee un pasado que la "avale"
Aún más, es su propio agente el que le construye un pasado, le hace un curriculum
pues ésta es una herramienta fundamental para conseguir trabajo con Stubblefield.
Para él, ella será contratada: "*si el curriculum me parece bien. El curriculum es
imprescindible, eso sí. Nunca hago ninguna clase de negocios sin basarme en la
documentación adecuada*" (ibid: 199). ¿No es acaso el curriculum, un mero informe de
lo que uno ha hecho hasta ese momento?, ¿una mera reseña de lo que es el pasado de
la persona que solicita un puesto?, ¿parte de la memoria, al fin?, ¿otra forma de que el
acto mnemotécnico se presente?

En este sentido, Jonathan y Eddie se contraponen; claramente, el primero es
una persona con un pasado, con una historia a cuestas y, aún más, una persona
absolutamente consciente de esta situación; al conversar con Eddie y su agente, le
acuden los recuerdos de Pearl Harbour, Ginebra, Yalta y otras cosas. Señala que los
recuerda como si fuera ayer; en cambio se pregunta: "*qué recuerdos podéis tener los
jóvenes de ahora (...) os falta el sentido de la historia, el sentido de lo trágico*" (ibid:
199). Como si la razón estuviera de su lado, Eddie sólo confirma la sentencia de su
futuro jefe, cuando ésta durante la misma conversación y ante la apelación a que
cuente algo acerca de su vida, contesta: "*¿Qué podría decirle?*" (ibid: 199).
Finalmente, se decide a hablarle sobre quién es, de dónde viene y las cosas que le
interesan y distraen; información que pasa sin pena ni gloria, aún cuando conocemos la
importancia que esto tiene en la vida de las personas, deteniéndose en algo insulso,

mínimo: ella aún no logra encontrar a su "Señor Media-naranja". Su problema es que no es inocente, es ignorante. Ignora su pasado y no le brinda la importancia real que éste debiera tener.

Ésta es la verdad que flota, que aflora en el texto. No es casual que el único personaje que posee recuerdos - Jonathan - sea quien da empleo, sea el jefe; de alguna manera, él está en un nivel superior a los otros dos protagonistas ("*Soy el señor de cuanto mi vista domina*" (ibid: 200), señala) y esto se confirma cuando ella debe "crearse" y aprenderse su "nuevo" pasado, el que está escrito en su falso curriculum.

Ahora bien, ella se aprende su papel y siente que está en el umbral de su futuro. Consigue el trabajo y en una primera instancia se dedica a guardar todo en su memoria, hasta los más mínimos detalles, comienza a ensayar el acto mnemotécnico. Se hace parte de una rutina con lo cual comienza a construirse su verdadera identidad.

Sin embargo, el hecho de que su pasado sea falso, hace que este primer proyecto de vivir, falle. Aparece Serena, "fría imitación" de Eddie, aunque con una ventaja clara por sobre ella; Serena ha sido contratada por medio de Western Union, una compañía seria, por lo cual, es de suponer que sus "referencias" y sus estudios (su pasado, al fin y al cabo) son reales. Entonces, ya no le queda más que volver con Lionel y las principales razones que salen de la boca de él, para que ella se convenza de lo acertado que es ese trabajo son: "*¿Y qué futuro tiene un trabajo como ese? (...) el*

trabajo que haces ahora está reportándote una experiencia que cualquier joven envidiaría, sobre todo cualquier joven interesada en llegar lejos" (ibid: 204). Eddie lo único que quiere es saber hacia dónde va, si es que va hacia algún lado y es aquí, donde revela el error que más tarde termina por corregir al relatar esta historia: " *Me dirigía hacia al futuro, pero a mí siempre me ha costado mucho dejar atrás las personas y las cosas"* (ibid: 205). Aquí devela el nivel en que se halla su asimilación con las costumbres de Norteamérica. Sólo podrá encontrar su ruta cuando asuma su pasado y esa asunción se realiza por medio del relato que nos toca leer a nosotros; es el relato que nosotros leemos el acto mnemotécnico que pareciera reivindicarla, pues finalmente, pareciera estar hecho casi en un tono confesional. Es una chica sin dirección hacia el futuro debido a su falta de pasado, a un pasado que recién comienza a construir, y al cual aún le falta mucho por recorrer; es un pasado que aún se encuentra en sus albores, de ahí que al despedirse Lionel, éste le grite a ella: " *Tú también eres condenadamente diurna"* (ibid: 205)

Tenemos, entonces, a un personaje CON pasado, CON memoria; a otro SIN memorias y a un tercero que CREA el pasado, que CREA los recuerdos de otro; esto no es otra cosa que la memoria entrelazándose en la vida, en el presente y pasado individual de cada uno y la importancia que adquiere está en relación con la forma en que ellos la asumen particularmente. Hay que recordar que éste es el primer trabajo que tiene Eddie, ella también se está fundando su propia memoria y el ejercicio de recordarlo (anamnesis) es el texto que leemos, como si la experiencia que le otorgan

los recuerdos y el pasar del tiempo, la hubieran hecho valorar de tal manera a la memoria (como concepto a preservar) que ahora debe contarnos su historia para poder vivir, para poder continuar por la senda correcta.

Tenemos así, a *Yentl* por un lado y a *La verdad flotante* por el otro, como importantes textos que señalan, primero, lo fundamental que la memoria se vuelve en el pueblo judío. *Yentl*, nos muestra la forma en que el pasado puede condenar a una persona o la forma en que puede salvarlo, pero sin duda, sitúa al recuerdo como el eje principal de la dinámica de vida del pueblo judío; en *La verdad flotante* asistimos a los problemas que puede acarrear el no tener una memoria integrada a la vida, aunque sólo presenciamos a una de los posibles problemas que ésta puede provocar en medio del pueblo Norteamericano.

Memories can't wait.

Así como la memoria puede condenarte, también puede salvarte la vida.

Los pequeños zapateros, otro cuento de Bashevis Singer, nos permite apreciar en toda su magnitud las ventajas de aferrarse a ella, aún cuando es lo único - y último - que queda.

En esta historia, la familia es presentada como el factor fundamental y necesario para que la memoria del pueblo judío pueda preservarse durante décadas y,

por que no decirlo, toda una existencia. En ella, una familia de zapateros goza de buena fama a causa del tiempo que llevan reparando los zapatos de los pobladores de Frampol, en forma responsable, eficaz y sin que quede duda alguna de la calidad y honradez del trabajo realizado. La confianza que se han ganado a través de la consagración a su trabajo por años, es algo que pareciera que no se puede perder.

Abba Shuster es el fundador de la dinastía y es el encargado de comenzar a transmitir la tradición de generación en generación, además de ser quien fija físicamente el lugar de asentamiento de la familia. Es él quien compra un terreno en la colina del pueblo, el cual, a la larga terminará siendo la casa de los zapateros hasta la última generación. Como quienes le sucederán, su nombre se encuentra "grabado" en los anales del pueblo; su cuerpo puede morir, pero su nombre permanecerá de por vida en los recuerdos de los habitantes de Frampol; son estos anales los que contarán la historia de su familia después de que mueran los integrantes de ella. Desde el primer integrante de la familia, pareciera que ellos han alcanzado a la memoria y que ya son parte de ella. Abba tiene cinco hijos y, cada uno de ellos se dedicará al arte de la zapatería, estableciéndose rápidamente como principio que el primogénito permaneciera en casa para suceder a su padre en el trabajo. Como si esto fuera poco, el secreto de su buen trabajo, un líquido para curtir cuero, es transmitido solamente de padres a hijos; así, la memoria los preserva en su oficio y además, les asegura el "éxito" a causa de su bien realizado trabajo.

Una generación sucede a la otra, y la tradición se mantiene sin reservas. El relato nos habla de las tres últimas. Reb Lippe tiene seis hijos, siendo el mayor Feivel, quien gozará de tan buena fama y gracia de los habitantes del pueblo, como sus antecesores. Al morir, se le entierra con un martillo, una lezna y una horma como señal de haber sido un hombre pacífico y trabajador que no engañó jamás a nadie. El pueblo, entonces, lo recordará así.

Su hijo mayor se llama Abba, como el fundador. Es el encargado de continuar la tradición y como se verá más adelante, de "cerrarla", como si se tratara de un círculo. Como los demás de su familia, también comparte los rasgos físicos: bajo, grueso y de barba poblada, amarilla; de ancha frente surcada con arrugas, de ojos al parecer también amarillos y transmitiendo la sensación de ser arisco y sombrío. Es, como los otros, un diestro trabajador, caritativo y hombre de palabra sin par. Su "sabiduría" deviene de leer todo los días un capítulo de la *Torá* y libros populares. Conoce de memoria la historia de José y sus hermanos, pero nunca se cansa de leerla. Una curiosidad lo hace particularmente especial, Abba se siente parte, siente que está dentro de la cadena continua de generaciones, desde los patriarcas de su pueblo hasta él; siente como si formase parte de la Biblia también. Abba sabe que vive en el exilio porque los judíos de la Tierra Santa habían pecado, sin embargo, espera la Redención.

Junto a Pesha, su mujer, tienen siete hijos que son llamados con el nombre de sus antepasados: Gimpel, Getzel, Treitel, Godel, Feivel, Lippe y Chanania. Como él, desde el momento de nacer, ya son llamados a llevar junto a sí, la tradición familiar. A

veces, Abba les repite la vieja máxima: "*El buen trabajo nunca se pierde*" (Singer, 1979: 116).

Como lo indica la tradición, Gimpel debía ser el primero en aprender el oficio y así es como se hace. Después de Gimpel le sigue Getzel, luego Treitel y así sucesivamente hasta que todos terminan por trabajar en el taller entonando el estribillo de una vieja canción de Frampol, que a Abba le gustaba cantar con ellos.

Cuando Peshá le sugiere al jefe de familia la posibilidad de hacer obras en la casa que ya se encontraba a bastante mal traer por el paso de los años, Abba se detiene a reflexionar un poco y llega a la conclusión de que todo debe seguir tal y como se encuentra: "*prefería conservar las cosas tal como estaban (...) se le hacía difícil separarse del hogar en que habían nacido y muerto sus padres y abuelos y toda la familia a lo largo de las generaciones (...) Las paredes eran como un álbum en que hubieran sido registradas las fortunas de la familia (...) Estaba seguro de que los espíritus de sus antepasados velaban sobre la casa*" (ibid: 121-122). ¡Y cómo si no, si en Abba vivían los recuerdos de generaciones y generaciones!, en él vive la memoria de toda su familia!

Pese a todo, "Dios dispone", y es así como un día Gimpel anuncia que ha decidido irse a América, Frampol le ha quedado demasiado chico. Aunque en un primer momento, lo cree poseído por algún tipo de demonio, el padre no tarda mucho en dejarle ir, tal y como su sabiduría popular se lo señala. Mientras piensa que su hijo se ha apartado del camino de rectitud que siempre ha distinguido a la familia, Peshá no

halla otra cosa que hacer que pedirle ayuda a los antepasados; todo es inútil, Gimpel se ha convertido en un forastero en su propio hogar y sólo pueden dejar que se vaya. Sin embargo, las últimas palabras de Abba a su hijo, antes que parta, son decisivas: *"¡Buena suerte! ¡No reniegues de nuestra religión!"* (ibid: 127). Es decir, no nos abandones, no nos olvides. Los primeros meses, sólo confirman las sospechas del padre; cuando los jóvenes se marchan de casa, olvidan por completo a sus seres queridos. Sin embargo, un día llega carta de Nueva York. Gimpel se ha adaptado perfectamente y el oficio que aprendió con su padre lo ha seguido hasta esas tierras; no lo ha olvidado! y aún mas, éste le está otorgando muy buenas ganancias. Luego habrán más noticias, enamorado de una muchacha, casamiento y otras y los hijos menores no se harán esperar para iniciar su propio éxodo hacia América hasta dejar a sus padres solos.

Pese a todo, y aunque ya no lo necesitan más, Abba continúa trabajando, manteniendo la tradición en esa parte del mundo. El tiempo pasa y cuarenta años no se hacen esperar. Muere Pesha y le hace prometer a su esposo que nunca se volverá a casar, éste cumple su promesa. Los hijos de Abba ahora son ricos en Estados Unidos, la tradición familiar los ha acompañado y les ha asegurado la buena fortuna en una tierra nueva. Ellos no se olvidan de su padre: semanalmente le escriben rogándole que se vaya con ellos, pero Abba, nada. Él continúa levantándose por la mañanas a reparar zapatos sin perder su buena mano y soñando con volver a reunirse con sus antepasados y sus propios hijos algún día.

Pero el mismo demonio no tarda en llegar al pueblo, y pronto la guerra comienza a destruir todo lo que se encuentra en pie en Frampol. La propia casa de los zapateros termina por incendiarse sólo después que Abba la deja. Es entonces, cuando su imaginación y sus recuerdos comienzan a apoderarse en forma definitiva de él. Empieza a vivir sus días como si la Biblia estuviera volviendo a escribirse: "*Había abandonado la casa de sus antepasados y el lugar de su nacimiento y, con su cayado en la mano, vagaba errante por el mundo como el patriarca Abraham*" (ibid: 137). Ante tal situación, sus hijos se deshacen para lograr ubicarlo en medio de ese infierno hasta que lo encuentran y consiguen que viaje hacia Norteamérica. En el intertanto, el padre pierde sus filacterias y su manto de oraciones con lo que, en definitiva, termina por perder toda noción del tiempo sin que pueda distinguir entre el sábado y los otros días. Abordo de un crucero los días se suceden sin que él se entere, sólo se siente como Jonás dentro del vientre de la ballena e implora porque Dios lo rescate de allí. Al llegar a Nueva York, los edificios le parecen pirámides y se cree llegando a las tierras de Egipto. Sus hijos lo reciben, pero se halla incapaz de reconocerlos; entonces cree que está siendo recibido por las carrozas del faraón. "*Tuvo la impresión de haber vivido la misma experiencia en una encarnación anterior*" (ibid: 143). Sus recuerdos de las lecturas de la Biblia, se hacen parte de él y no puede dejar de vivirlos. Sus lecturas hacen que sus recuerdos ya no sean mnemne, si no que al contrario, ahora son anamnesis, recuerdo de lo ya conocido.

La sexta y última parte de la historia se llama "La herencia americana" y ya el título nos enseña el hecho de que la tradición se ha mantenido en América.

Sus hijos lo reciben con una fiesta en su honor. Todos los rituales son observados con rigurosidad y cuidado. Casi todos los de la familia han escuchado hablar acerca de las leyendas de Frampol; el pueblo ya es parte de la memoria. Sin embargo, el padre no se encuentra en condiciones de celebrar; aún no logra centrarse en su nueva tierra y se haya francamente debilitado por el viaje. Pasa varias semanas en la cama, dormitando en un estado de semiinconsciencia y sumido en un febril sopor. Es entonces, cuando ya se empieza a pensar que lo mejor es devolverlo a su tierra natal, cuando sucede el "milagro". Un día, Abba, encuentra su equipo de zapatero de Frampol y rápidamente reinicia su abnegada labor. A poco andar, queda claro que esa es la única forma de salvarle la vida al anciano y, dicho y hecho, se le construye un cobertizo en el patio donde pueda continuar con su oficio. Así, Abba se siente animado de una nueva vida. Vuelve a su antiguo ritual como si aún estuviera en Frampol y, prontamente comienza a enseñarles el oficio a sus nietos más jóvenes y a sus bisnietos. La tradición lo ha salvado de la muerte y le ha dado una nueva vida; ahora, esta herencia, es la herencia americana.

Un domingo, Gimpel entra en el taller y al ver a su padre trabajando, toma lugar a su lado y le acompaña en sus faenas. Al domingo siguiente, hay ocho banquetas dispuestas a trabajar en los zapatos. Nada ha cambiado, la tradición aún se mantiene; inclusive, esa vieja canción de Frampol que una vez más Abba entona y que, como

siempre, sus hijos responden con el coro: *"gracias a Dios, no se habían hecho idólatras en Egipto. No habían olvidado su herencia"* (ibid: 148).

Polvo al polvo, cenizas a las cenizas, pero la memoria se mantiene. La memoria se mantiene y la memoria LOS mantiene unidos pese a la distancia. Abba es el encargado de cerrar el círculo de la tradición, porque es su familia la que emigra en busca de nuevas tierras para que su tradición pueda preservarse, por esta razón, lleva consigo el nombre del fundador, como si él viviera en este último Abba y, como de hecho, lo hace en los momentos en que en Abba sólo viven la Biblia y sus antepasados. Al ser una familia consciente del valor de la tradición y al saberse ellos responsables de transmitirla pueden separarse físicamente y, como sabemos, seguir perteneciendo al pueblo en la diáspora.

Cada vez que Abba duda o se pregunta íntimamente la causa de la partida de sus hijos, él mismo se encarga de acallarse recordándose que Dios sí sabe lo que hace. Esta fe y confianza en el Señor los hacen salir adelante como familia y, como se puede ver, claramente esta fe está vertida en la seguridad de que "un trabajo bien hecho nunca se pierde". El aviso que ponen los hijos para dar a conocer su trabajo es clarificador y esencial: *"Nuestra experiencia se remonta a trescientos años (...) donde nuestro antepasado, Abba, aprendió el oficio de un artesano local. La comunidad de Frampol, donde nuestra familia ha ejercido su profesión a lo largo de quince generaciones, le otorgó el título de Maestro en reconocimiento por sus caritativas acciones. Este sentido de responsabilidad pública ha sido unido siempre a nuestra*

devoción a los más elevados principios de la profesión y a nuestra invariable norma de servir honradamente a nuestros clientes' (ibid: 143). No es otra cosa que vivir de la memoria y a la vez, es la memoria viviendo en ellos como familia y como individuos.

Al no dejar sus tradiciones, ni su oficio de lado, ellos pueden formar parte de la sociedad sin perder nada de su identidad, eso es lo que llamábamos reconocimiento; y no sólo es un reconocimiento de la sociedad que los acoge hacia ellos, sino que también, un reconocimiento propio de la familia en torno a su valor como tal y al deber de preservarse así; de ahí, que en Nueva York sus casas se hallen contiguas, NO se separan. La familia ha permanecido unida en el tiempo gracias a la memoria y la memoria ha permanecido gracias a la familia.

Memoria es vida.

La memoria es vida y es dadora de vida. Tal y como sucede en la historia anterior, en *La conexión Bellarosa*, de Saúl Bellow (1915 -) la memoria también se encarga de dar vida, aunque esta vez, en una historia que se presenta como claramente más compleja que las tres anteriores, la memoria también puede quitar la vida cuando no se sabe vivirla adecuadamente.

En ella, el narrador, de quien nunca sabemos su nombre, nos relata la historia de Harry Fonstein, judío que ha escapado de los nazis gracias a la ayuda de Billy Bella Rose, hollywoodense benefactor americano quien posee una especial característica:

una vez que ha realizado su obra, una vez que salva a judíos de los nazis, no quiere saber nada de ellos; los olvida por completo, ni siquiera para recibir muestras de gratitud. Básicamente, eso es lo central de la historia, ya que ella gira en torno a cómo Harry tratará de agradecerle a Billy y como jamás lo logrará.

El narrador nos relata la historia al momento de recordarla. Él es un hombre que trabaja con la memoria, posee un instituto que se dedica a ello, es el fundador del Instituto Mnemosina en Filadelfia. Para él, la memoria es vida y el olvido, muerte; según sus propias palabras *"si has trabajado con la memoria, que es la vida misma, no hay más retiro posible que la muerte"* (Stavans, 1994: 275); aunque al iniciarse la narración, deja ver el deseo que tiene de olvidarse de recordar, pero él mismo lo sabe, eso es una sugerencia al estilo de Alicia en el país de las maravillas. Nacido en New Jersey de padres judíos-rusos se define como una archivo de memoria ambulante y sabe que no puede desechar sus orígenes o distorsionar su "historia temprana". Es así, como en una "laguna" de memoria que le ocurre llega a desesperarse por el hecho e intenta ubicar, después de muchos años, a Harry y a su mujer, Sorella, conociendo el trágico final del matrimonio, ante lo cual, decide hacer el ejercicio mnemotécnico de la anamnesis, decide recordar la historia; hecho que termina por ser la razón debido a lo cual la historia se "levanta"; él es quien recuerda la historia en un intento por continuar viviendo pese a que, durante el propio relato, deja ver su preocupación con respecto a lo certero que pueda ser su historia; es una forma de oponer a la memoria, la historia, es el mito versus la historia actualizada en

su relato. No es capaz de saber con certeza si lo que recuerda fue realmente así o le está dando un "baño" de emocionalidades que distorsionan la (supuesta) verdad de los hechos, cómo estos ocurrieron de "verdad".

En palabras del narrador, Harry Fonstein llega a Norteamérica después de la guerra, vía Cuba, y se hace parte del negocio de la calefacción con lo que logra una buena cantidad de dinero. Los alemanes habían matado a la mayor parte de su familia y él y la hermana de la madrastra del narrador, Mildred, habían escapado de Polonia, llegado hasta Italia, donde se habían refugiado en casa de unos familiares antes de seguir camino a Milán, ser rescatado y finalmente llegar a Cuba, donde se había casado con Sorella y viajado, unos años más tarde a Estados Unidos. Esto lo conoce el narrador, ya que su padre, de insólita pasión por las historias de refugiados, se la había contado para que él pudiera "enderezarse" al escuchar lo que la gente había sufrido en Europa. A los ojos del padre, su hijo era "el malcriado hijo americano", imagen que el narrador no desmentirá; él era un americano típico en la edad en que sucedían esas cosas. De esta manera, se establece una diferencia clara, a lo largo del texto, entre Harry y el narrador, formando una oposición entre el judío americano (que olvida) y el judío europeo (que recuerda): "*Lo catalogué como el tipo judío de la Europa central. Él probablemente me vio como el tipo de judío americano*" (ibid: 278). Sin embargo y como se verá al correr de la narración, esta oposición variará diametralmente.

En una situación similar a la del narrador, tenemos a Harry - el europeo -, quien nunca olvida a su benefactor y hace todo lo posible por agradecerse a lo largo de la historia, aunque hacia el final de ella, esta situación se mantenga más como un ideal que como otra cosa; inclusive, muchas veces pareciera ser que, esa necesidad inicial por agradecerle a Billy el hecho de que lo hubiera rescatado del mismo infierno, se ha vuelto una mera rutina, una mera costumbre. Volveremos sobre esto más adelante. Inicialmente Billy se transforma, de alguna manera, en una suerte de "Mesías" para Fonstein; él es quien lo ha guiado en su camino de libertad y además, le ha dado un motivo que recordar, le ha dado un motivo para vivir ya que, como sabemos, al recordar el judío vive - y se vive - como tal, "*Qué más sencillo que detenerlo y decirle: ¿es usted Rose? Soy Harry Fonstein. Guió mi camino fuera de Egipto b'yad hazzakah (...) con mano poderosa. Así es como Dios Nuestro Señor describió el rescate de Israel*" (ibid, 309). Esta es la situación que se establece como un eje central de la historia, la oposición entre el olvido y el recuerdo.

Existe, por un lado, el judío que recuerda (Harry) y por otro, el americano que intenta olvidar su pasado (Billy). Está dialéctica estará presente a lo largo de todo el texto que estará estructurado en torno a ella. A la vez, ella le "abre camino" al problema de la identidad del judío en Estados Unidos, en la medida en que, por un lado tenemos a Harry y a Billy señalando la diferencia que existe entre el judío y el americano y cómo el primero está constantemente recordando, viviendo su pasado, mientras que el americano y su "sistema" tienden progresivamente a que el olvido

ocupe más y más lugar en sus vidas: "*Recordar, olvidar, ¿qué más da? (...) ¿Por qué debería acordarme?*" (ibid, 307); "*No me gusta que me anden presentado cosas del pasado. Esto pasó una vez hace años. ¿Qué tiene que ver con hoy, 1959? (...) No me importa ni mi propia historia.*" (ibid, 310). Esto se deriva de que la civilización Norteamericana jamás ha estado comprometida con el pasado, muy por el contrario, es una civilización del presente, es una civilización de lo moderno; el concepto de memoria jamás es confrontado por ellos, a tal nivel que, incluso al vivir la Biblia, ésta ya no es algo del pasado, porque ella está constantemente actualizada, es modernizada continuamente.

A la vez, la oposición entre el americano y el judío se reproduce en la oposición entre el judío americano y el europeo, en la medida en que el europeo aparece inicialmente como un modelo de vida, incluso a los ojos del padre del propio narrador, pero a medida que pasa el tiempo se va transformando en un americano más, se va "americanizando" su forma de vivir; "*creo que pensaba intensamente en sus orígenes europeos y en su transformación americana: parte I y parte II*" (ibid, 293). Es entonces cuando el recuerdo de Bella Rose se mantiene sólo por inercia y NO por que exista una verdadera motivación final de alcanzar ese objetivo, pues éste se ha ido perdiendo paulatinamente a medida de que el europeo ha sufrido el proceso de americanización: "*aunque mi marido se ha dado por vencido en tratar de establecer contacto, no ha dejado de estar agradecido (...) debe ser consciente del tipo de persona que lo salvó*" (ibid, 290); "*Fonstein, a quien Billy había salvado de la muerte, no*

era más que un judío americano sin distinción, dos meses más allá en el restaurante" (ibid, 302). La americanización es tal que se pueden apreciar, incluso, diferencias físicas entre ellos: *"Con frecuencia, yo mismo me había interrogado algo irritado sobre la americanización de los judíos. Uno podría empezar con diferencias físicas. La altura de mi padre era 1.67 metros; la mía, de 1.87 metros. A mi padre esto le parecía un desperdicio tonto (...) un judío no debe ser innecesariamente alto, sino más bien debe estar finamente constituido: fuerte pero compacto (...) Así es como mi padre era y como él hubiere preferido que yo fuese (...) Ahora bien, Fonstein (...) era un hombre decente, bien atildado, proporcionado, sensible y listo (...) un hombre familiarizado con la pena (...) Y Billy Rose no era grande (...) pero ¡ah! era americano"* (ibid, 288-289). Las generaciones que se han sucedido en América han ido cambiando notablemente y los más "americanos" han perdido mucho de los judíos "tradicionales".

En este sentido, y volviendo a lo anterior, como si se tratara de una nueva versión de la Biblia, en la medida en que los Fonstein van olvidando, no les queda otra salida que la muerte, de la misma manera como sucede en el libro sagrado; cada vez que el pueblo judío olvidaba alguna orden del Señor, éste dejaba caer sobre ellos toda su cólera para castigarlos por tan terrible error. El mismo texto nos lo recuerda: *"Dios no olvida"* (ibid: 337).

Siguiendo esta idea, podemos señalar a Harry y a Sorella como personajes "descendientes" en relación con la memoria y en la medida en que su modo de vida los encamina hacia la muerte y, por el contrario, el narrador se presenta como un

personaje "ascendente", ya que, como se sabe, inicialmente él es como cualquier americano: no se preocupa mucho del mundo que lo rodea y esta es la razón por lo cual siente el desprecio de su padre, tal es su situación en ese tiempo, que llega a aconsejar mentalmente a Fonstein: "*olvidalo, ihaste americano!*" (sic, ibid: 292). Sin embargo, el tiempo pasa y no en vano, y ya avanzada su edad, la memoria y el ejercicio mnemotécnico comienzan a ocupar un mayor lugar en su vida, a tal punto que se termina por transformar en su vida. Es el narrador quien se "transforma" en un judío europeo al transcribir la historia; ésta no es más que un registro de su memoria, es su modo de vivir, de seguir viviendo.

Sin embargo, Sorella tiene una importancia vital fuera de la dinámica de la memoria que se da en esta obra, ya que ella encarna a la tradición, al traspaso de su historia (como pueblo) a través del recuerdo y, en el texto, inicialmente pareciera pasar desapercibida hasta que el propio narrador nos comienza a llamar la atención una y otra vez sobre ella: "*también era una esposa y una madre tigresa (...) era una mujer de espíritu, con grandes ideas.*" (ibid, 290); "*en nada una mujer común, rompía con cualquier señal de ordinariez (...) ella hubo de esperar hasta que un tío de La Habana le encontrara marido - ella había sido una defeción matrimonial, una rechazada -. Salir de eso le dio un impulso revolucionario (...) La Sorella que yo veía no era una construcción sino una revelación*" (ibid, 294). Finalmente queda claro que sin ella, Harry no hubiera podido lograr ninguno de sus logros en suelo americano; ella había

sido el pilar fundamental en su vida como lo debía ser una mujer dentro de la estructura social del judaísmo.

Como vemos, esta historia lleva consigo muchas de las dimensiones que pueden darse en tierras Norteamericanas; está la inevitable oposición entre el olvidar y el recordar, el proceso de americanización que han vivido cientos de miles de judíos hasta nuestros días, las propias diferencias que por este proceso se levantan entre el judío europeo y el americano, la importancia de la mujer dentro de la transmisión de la tradición, etc.; sin que por eso se deje de confirmar la idea central que ha cruzado tanto este texto como los tres anteriores: **sin la memoria, el judío no puede existir, no es tal sin ella y es ella quién lo ayuda a constituirse cuando se trata de vivir y - a veces - de sobrevivir en medio de la desquiciada nación estadounidense.**

Debemos, entonces, quedarnos con una de las sentencias que Sorella arroja hacia el final del texto, antes de sacar nuestras conclusiones: "*los judíos pudieron sobrevivir a todo lo que Europa les arrojó. Quiero decir, los afortunados. Pero ahora viene la siguiente prueba... América. ¿Podrán asir su terreno o Estados Unidos será demasiado para ellos?*" (ibid, 314).

CONCLUSIONES

I THINK I CAN REMEMBER YOUR NAME

"Hello, I saw you, I know you, I knew you?"

I think I can remember your name"

(R.E.M.)

¿Quién es judío?. Esa es la pregunta que vuela en los aires hace ya muchos años y que le quita el sueño a miles de judíos que viven hoy por hoy en Norteamérica. ¿Quién es un judío y quién tiene la autoridad para decidirlo? El problema, como se sabe y como lo saben los propios judíos norteamericanos, no es para nada fácil de resolver.

Estados Unidos y básicamente el judaísmo americano, ha venido viviendo todo un proceso de disputas internas, adaptaciones y malos entendidos con Israel, debido al gran y creciente número de judíos, que habitan en Norteamérica, que se identifican con las denominaciones no-ortodoxas y que se sienten parte del pueblo y de la religión judía. Sin embargo, en los últimos años, los grupos ortodoxos han venido endureciendo su posición, tanto en Israel como en sus contrapartes americanas, hasta considerar, incluso, que todas las versiones no-ortodoxas del judaísmo son "NO judaísmo"; repercutiendo de gran forma en los judíos estadounidenses. Esto ha devenido en que, pese a un "crecimiento espiritual" de la comunidad judío norteamericana, ésta se

sienta viviendo un gran período de crisis interna; crisis que por lo demás, no es algo nuevo, sino que, muy por el contrario, se puede decir que se arrastra desde la época en que los primeros colonos se asentaron en estas tierras. Un gran número de ellos le está volviendo las espaldas a la comunidad judía, cientos de miles se están convirtiendo a otra fe, el número de matrimonios judíos que han fallado es aún mayor y, muchos de ellos están olvidando la educación judía para sus hijos. Probablemente esto no sea más que lo que se viene leyendo a través de toda la extensión de este trabajo; el judío en medio del caos de la cultura estadounidense; pese a que, viviendo en un medio heterogéneo, los judíos norteamericanos han tenido que aprender a vivir con la "bendición" de la diversidad y a aceptar la legalidad que tienen las muchas y diferentes formas de expresión que han surgido en su propio seno, en medio de la masa amorfa de religiones que existe en Estados Unidos y, debido a esa misma masa a la que se refería Bloom en su texto.

A la vez, pese a los años que han pasado en la historia de la humanidad, el antisemitismo pareciera ser un hecho que se niega a desaparecer en forma definitiva, debido a la posible lectura que se ha hecho del pueblo judío, en el sentido de que si es el pueblo elegido por Dios para su salvación, quienes no pertenecen a él, están a lo menos, un escalón más abajo que ellos. Como sea, el hecho es que el hombre aún no es capaz de aprender de sus errores históricos y mientras no lo haga, siempre correrá el riesgo de volver a cometerlos.

Es justamente ahí, en donde debe entrar a ser un elemento primordial la memoria. Lo dijimos en un inicio y lo volvemos a repetir; el olvido es disolutorio de la identidad y, creemos firmemente que la memoria es el único camino que pueda mantener a los hombres por un sendero medianamente correcto. Si olvidamos nuestro pasado nos limitaremos, una y otra vez, a repetir nuestros errores.

Por otra parte y como se señaló con antelación, creemos que cualquier solución que no sea el reconocimiento del pueblo judío como una parte de nuestra sociedad - y en este caso, de la sociedad estadounidense - sólo nos conducirá a reproducir nuestros propios errores históricos; los mismos que hoy vemos con horror, pero que sin embargo no somos capaces de asumir en su total magnitud.

Hemos aprendido mucho de la cultura judaica, pero pareciera que no logramos concentrarnos en una de las principales: el conocimiento de la memoria. Como lo señalamos, el pueblo judío, su religión, es la religión de la memoria por excelencia. El problema de la identidad del judío se arrastra hace decenas de años y tal vez, nunca se encuentre una respuesta que sea satisfactoria para todos, pero mientras exista memoria, mientras el pueblo judío siga siendo llamado por el libro sagrado a recordar, siempre habrá, siempre existirán los elementos básicos a partir de los cuales se podrán levantar diferentes versiones y teorías acerca de quién es o quién no es un judío y la memoria seguirá siendo siempre, el último bastión a partir del cual el judío construya su identidad y en la cual la fundamente.

Los cuatro textos que estudiamos anteriormente sólo corroboran esta idea. A través de ellos revisamos "distintos tipos" de memoria y distintas versiones de su realización, pero siempre siendo ella la que mueve los hilos, el destino de estos personajes.

En *Yentl* por ejemplo, encontrábamos el problema de identidad que surgía en Yentl al abandonar su condición de mujer, pero que sin embargo, hacía en la búsqueda de un bien superior (el estudio de la Torá) con lo cual se le abría una nueva posibilidad de vida, ella lograba encontrar una nueva identidad en el camino hacia su objetivo y además, en esta búsqueda - tanto para alcanzar la Torá como de encontrar esa identidad - lograba intervenir en sucesos del pasado, como si se estuviera señalando cuán dinámico se presenta éste; siempre vivo es posible corregirlo, enderezarlo si se quiere, mejorarlo y a la vez, mejorar la vida propia a través de esto.

Es ese pasado corregido el que NO encontramos en la historia de Eddie - la protagonista de *La verdad flotante* - pero sí el intento de enmendarlo por medio del relato de esa historia. Como lo señalamos, Eddie se presenta como un claro ejemplo de "eliminación por absorción". Es un personaje que no posee pasado y por ende, no tiene una identidad que la arraigue a algún lugar por lo que depende en forma absoluta de lo que pueda o no pueda hacer Lionel y a la vez, no es capaz de construirse un futuro sólido por falta de esa "base" resistente en su vida. Esa vida, asimilada, americana, ignorante del pasado, sólo vida del presente es la que intenta corregir al hacerse cargo de ese pasado por medio de la narración que a nosotros nos

toca leer. La experiencia de la vida, que da la vida, es quizás el elemento fundamental en esta historia, ya que es por medio de ella por donde se presenta la memoria y dibuja los caminos de los personajes.

La misma experiencia la encontramos en *Los pequeños zapateros*, la experiencia familiar de un oficio practicado con la calidad que sólo los años de dedicación pueden otorgar. Esta historia es lo que denominábamos reconocimiento. Pese a las distancias, pese al cambio de lugar físico, la familia ha preservado sus costumbres y a ahogado los temores del padre que - con o sin conocimiento - les ha "dado", les ha inculcado el valor que tiene el elemento fundamental para que puedan continuar transmitiendo la tradición: la familia. Sin ella, sin la relación dinámica entre ella y la memoria, esta última no podría transmitirse en la forma vivaz en que lo hace.

Pese a la aparente fragmentación familiar que sufren, son los hijos los que mantienen viva la memoria, en cada uno de ellos vive la memoria familiar, la memoria de los ancestros y también, la memoria de la Biblia que es vivida a diario por el padre y actualizada en la historia por medio de sus recuerdos y los actos de sus hijos. Aquí, la memoria toma forma de personas y las personas toman forma de memoria; sólo así el futuro es posible en medio de una tierra de nadie, de una tierra sin pasado.

Como se ha escrito, *La conexión Bella Rosa* es la historia más compleja ya que presenta una gran gama de relaciones entre las personas y la memoria; a la vez, es en ella donde ésta se presenta tal y como se vive: como recuerdos. De la misma manera que en *La verdad flotante* el texto (y por extensión, los libros) se alza como el

principal pilar para que la memoria sobreviva al tiempo, son ambas narraciones las que justifican el acto mnemotécnico y éste se justifica a través de ellas.

Por cierto que encontramos "pares opuestos" en el texto. Por una lado está el narrador, judío que vive a costa de la memoria y que debe su "fama" a ella, opuesto a Billy, clásico americano que no quiere saber nada del pasado de otros y cuyo propio pasado le importa aún menos. Por otra parte encontramos al padre del narrador, quien es un judío clásico que no puede dejar de admirar a Harry por haber sobrevivido - pese a todo - al Holocausto y que se encarga de reprocharle a su hijo su falta de interés por los hechos que ya ocurrieron; junto a Sorella forman una pareja fundamental en la transmisión de la memoria aunque ésta, finalmente, se muestra como la pieza clave para lograr el objetivo de Harry; ella se ha hecho como mujer y pareciera que tras bambalinas pudiera controlar todo lo que ella quiere. Sorella, de alguna manera y en este sentido, encarna a la propia memoria dentro de la narración.

Finalmente, Harry es el judío europeo que se esfuerza por "cerrar" su pasado inconcluso, se mantiene firme cuanto puede para no olvidarse del pasado, pero como la propia Sorella lo sentenciará, no le es posible sobrevivir al influjo de Norteamérica y lentamente, comienza a olvidar, sellando lo que será su trágico destino. Podemos decir que, literalmente, es víctima de una eliminación por absorción, la memoria lo condena. Contra Harry tenemos nuevamente al narrador quién de niño sólo era un americano más sin que le preocupara el pasado y, ya adulto, cuando la vida le ha dado experiencia,

vive de la memoria como la propia memoria vive de él a tal nivel de que, al relatar(nos) la historia se reconoce, recupera la vida que por un momento pareciera perder.

Así, no importa dónde, no importa cuándo; el judío no puede vivir, no puede ser sin la memoria. En Zamosc, en Frampol o en Estados Unidos, si el judío la deja de lado, si por un momento olvida, comienzan una serie de incidentes que, en el peor de los casos, terminarán por acabar con su identidad y, como sabemos, un sujeto sin identidad es prácticamente lo mismo que un sujeto sin vida. El judío no solamente nace, más que nada - y creemos que así lo confirma este estudio - se hace. Se hace al vivir en comunidad, se hace al transmitir sus tradiciones de generación en generación (tarea donde la madre juega un rol fundamental); se hace también no sólo cuando la tradición se transmite, también se hace cuando se preserva, se asume y se continúa, como ya lo señalamos, en forma viva y dinámica. La memoria les ha dado una identidad como grupo social distinto de los otros pueblos. Cada vez que los judíos olvidaban a su Dios en la Biblia, éste los castigaba. No hay razón para que esto no siga ocurriendo si se continuara cometiendo la misma falta; olvidar es no saber - para siempre - quién se es y que es lo que se ha propuesto el individuo y el pueblo en la Historia. De igual forma, no habría peor castigo para el judaísmo, que está contenido y determinando a nuestra cultura occidental, no habría peor castigo, decíamos, que el olvido.

Una parte importante para evitarlo son las bibliotecas, los archivos de memoria más grandes que puedan existir. La literatura tiene el rol de preservar nuestra identidad en la medida en que es una manifestación cultural de cada época en

particular y, la literatura de judíos norteamericanos no escatima palabras para descubrirse en medio de la cultura norteamericana. A lo largo de estas páginas revisamos una serie de hechos que estos autores dejan de manifiesto en sus textos, pero a la vez, quedan muchos más por conocer. Si es verdad que en Estados Unidos existen 250 millones de sectas, probablemente podamos encontrar 250 millones de problemas particulares también y esperamos que siempre haya un buen escritor cerca de ellos, preparado para contarnos una gran historia, tal y como sucede con las cuatro que contienen a este estudio.

No debemos olvidar que la memoria no engaña, muerde.

Si olvidamos nuestra historia, no la historia de los textos escolares sino que la historia como la hemos vivido y como nos ha sido transmitida de generación en generación, mucho más temprano que tarde nos encontraremos en un callejón sin salida sin que podamos entender qué nos sucedió.

* * *

BIBLIOGRAFIA

Bibliografía principal

- (1974) **La Biblia.**
Ed. Paulnas y Ed. Verbo Divino, Madrid, España.
- Bloom, Harold(1994) **La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana.**
Fondo de Cultura Económica, México, 1º ed.
- Dubnov, Simón(1951) **La Historia del pueblo judío en la Edad Moderna.**
Tomos VII, IX y X. Ed. S. Sigal, Buenos Aires.
- Le Goff, Jacques(1991) **El orden de la memoria.**
Ed. Paidós, Buenos Aires, 1º ed.
- Singer, Isaac Bashevis(1979) **Gimpel, el tonto.**
Ediciones G.P., Barcelona, España, 1ª ed.
- Stavans, Ilan(1994) **Cuentistas Judíos. (Prólogo y compilación).**
Ed. Porrúa, México.
- Tapia, Ana María(1996) **Costumbres y Tradiciones judías.**

Centro de Estudios Judaicos, Universidad de Chile.

1º ed.

-Yerushalmi, Yosef
y otros (1989)

Usos del olvido. Comunicaciones al Coloquio de
Royaumont.

Ed. Nueva Visión. Buenos Aires

-Yerushalmi, Yosef(1996)

Zakhor. Jewish History and Jewish Memory.

University of Washington Press. Seattle, USA.

Bibliografía secundaria.

-Belloc, Hilarie(1947)

Los judíos.

Ed. La Espiga de Oro, Buenos Aires.

-Ellis, Marc(1988)

Hacia una teología judía de la liberación.

Ed. DEI, San José, Costa Rica.

-Ford, Henry(s/f)

El judío internacional.

Luz ediciones modernas, Buenos Aires.

-Frank, Waldo(1942)

Redescubrimiento de América.

Ed. Zig-Zag, Santiago, Chile.

-Freud, Sigmund(1968)

Obras Completas.

Vol. III, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, España.

- Liptzin, Sol(1966) **The jew in American Literature.**
Bloch Publishing Co., New York, USA.
- Klein, Marcus(1968) **Después de la alienación: La novela**
Norteamericana al promediar el siglo XX.
Ed. Paidós, Buenos Aires.
- Varela, María
Encarnación(1992) **Historia de la literatura hebrea contemporánea.**
De. Mirador, España, 1º ed.
- Vidal-Naquet, Pierre(1996) **Los judíos, la memoria y el presente.**
Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1º ed.
- Wertheimer, Jack(1997) **Judaism without limits. en revista Commentary**
Julio, 1997, vol. 104, nº 1. American Jewish
Committee, New York, USA.